

Graciela Illanes A.

La tierra de Gabriela Mistral



Estrecha y altiva, multiforme y simple, agreste y minera, da ánimo al ensueño y a la realización: forma el valle del río Elqui, se abre entre los cerros como un abanico de caminos: angostos unos, cuesta arriba otros, zigzagueantes, ásperos los demás, pero todos conducen a rincones fértiles, a vegetación umbrosa, a tupidas arboledas, a planteles nutridos de la savia misma de los cerros que, si no guardan diamantes, dan frutos. La mirada no los descubre fácilmente. Tropieza con los cerros y las quebradas que se hunden entre pétreos macizos, y sorpresivamente surgen en una poquedad de espacio los umbrosos plantíos.

Junto a los caminos hay pequeños pueblecitos, diseminados entre estas ocultaciones de los cerros. Algunos, los más, exceptuando Vicuña, que es la capital, sólo tienen una calle larga, interrumpida a trechos. Los pequeños pueblos han sido engarzados, con amoroso empeño, como perlas, entre los caminos y son elemento de unión del villorrio anterior con el que está por verse.

Con estos pueblos, los cerros, las pequeñas regiones fértiles, el río, resulta en conjunto un paisaje lleno de sentimiento. No surge de estas campesinas construcciones idea de forma, de línea, de algo intelectual. Ni tampoco está manifiesto el impulso volitivo. Tienen encan-

to que conmueve; en cambio, mirando los viñedos tendidos sobre los cerros, a medida que se penetra en el valle de Elqui, especialmente en los alrededores de Montegrande, "la aldea seca y áspera", según Gabriela Mistral, surge la idea de esfuerzo, de potencialidad. Aparece la voluntad con su imperativo de dominio y se hace ostensible en este conjunto que revela trabajo y anhelo de doblegar la naturaleza. La belleza agreste es, entonces, como un agregado del acto voluntario, y espíritu tenaz ha sido necesario para hacer fértiles las faldas de los cerros y llevar agua casi hasta sus cumbres.

Piscoelqui se llama el último peldaño poblado en el camino hacia la cordillera. Ahí se ensancha el valle. Pierde sus aperturas de cerros. En este pueblo es característica la fiesta de la vendimia. Después, todavía el camino se prolonga hacia "Los Nichos"; típico nombre que señala las enormes vasijas en forma de nicho que guardan los alcohólicos caldos de la uva.

Cachihuás y Alcohuás están más adentro de la cordillera, pero por senderos opuestos. No han formado poblado numeroso. Sólo son fundos.

En estos pueblecitos el ambiente es tranquilo, provinciano. Sus habitantes sienten amor por lo tradicional. Más de un hacendado ha despreciado los conocimientos de algún agrónomo novel y los ha subestimado comparándolos con los propios heredados de generación en generación. Muchas personas tejen sus añoranzas y recuerdos en los momentos presentes. El inconsciente aflora constantemente para influir sobre las acciones del momento y las conversaciones, sobre todo con la gente de edad, tienen una curiosa expresión de nostalgia. A veces se puede observar un mundo psíquico inexplorado, mucho menos que los cerros elquinos. La vida de acción, de laboreo, de búsqueda de metales, ha impedido el análisis subjetivo intenso.

Hombres y mujeres en años y años no cambian su manera de ser y tienen para cada día del año una faena que cumplen como un rito.

En la tierra elquina, la gente es muy vivaz, gráfica en sus de-

cires, adivinadora de intenciones. Además de interpretar muy bien el espíritu de las personas, particularmente de los extraños, dan la sensación de tacto, forma y color con mucha precisión. Conocen los rumores lejanos. El oído está educado para desmenuzar percepciones e imágenes. Distinguen perfectamente en el brioso galopar de un caballo la dirección y la distancia en que se encuentra. Aunque no lo hayan visto, saben si ya tal o cual vehículo o medio de transporte conocido y, distantes o próximos al río, pueden apreciar más o menos qué caudal lleva en sus aguas.

Aun la gente ruda o de pocas palabras tiene salidas ocurrentes y gracejo para hablar. Posee el elquino gran imaginación en la cual predomina lo sensorial. Acaso ese paisaje de cerros, de líneas fija ha contribuido a esta exactitud en las expresiones y al mismo tiempo a su viveza imaginativa, pues, siempre cercanos, interrumpen toda perspectiva. La ensoñación se muestra con todas sus propiedades en las mentes juveniles y en las de los mineros.

Estas cualidades de la imaginación han formado los brujos lugareños y algunos cuentos de seres sobrenaturales.

Cuando se hace alusión a la existencia de los brujos, un aire de fantasía y de leyenda traspasa el espacio. Sin embargo, estos seres fantasmagóricos están poco rodeados de cosas fantásticas. Cualquiera puede transformarse en brujo. El que se aísla, generalmente tiene nombradía de tal o bien es señalado, porque posiblemente ha hecho pacto con seres extraños. Cuando pasa volando en forma de "Chonchón" uno de estos personajes, la gente, a fin de congraciarse, les indica que vuelvan al otro día por pan, por sal o por ají. No es raro entonces que algún mendigo golpee en los días subsiguientes la puerta de calle, solicitando alguna de estas humildes mantenencias.

El susurro de las abejas, el rebuzno de una mula, el ladrido de los perros suelen también ser motivo de temores en horas de soledad y silencio. El lenguaje de los animales es un elemento que a menudo tortura las mentes imaginativas en ratos de insomnio, de pereza o hastío.

Parece que es necesario que a lo largo de esta "angosta faja de Tierra", se refugien en lugares determinados las creaciones imaginativas; por eso en Elqui hay dos aposentos para ellas: El Molle y Monte Grande. Ellas solucionan de una manera simplista las interrogantes de la gente campesina o lugareña. Son pábulo de la fantasía. Sin embargo, las consejas del valle elquino no tienen la nebulosidad de los mitos sureños. Siempre se afirman en un hecho acaecido realmente.

El Molle, la sede de los brujos, es una comuna que está entre Vicuña y La Serena. Hay aquí algunos vestigios de la cultura y existencia de los diaguitas, entre otras una fortaleza. También hay cuevas. Estas han formado los mitos, y son u orificios naturales de la tierra o han sido hechos por los buscadores de metales. El lugar minero en abandono después de su explotación obtiene nombradía de morada de brujos. El cerro, antes dadivoso y rico, una vez despojado, con su faz adusta y resquebrajada, tiene patente de desprestigio. Alguna vez los ha habitado un mal ciudadano que le convenía rodearse de misterio y distanciarse de sus prójimos. He aquí un brujo. La fantasía hace lo demás: entre noches saldrá a volar con el cuerpo emplumado en forma de "Chonchón" y se transmuntará hasta otra cueva que puede ser la de Salamanca, Vichuquén o Talagante.

Estos seres producen un temor supersticioso, inexplicable. Cuando los ingenuos pobladores de "El Molle", gente dedicada a la labranza o a la minería, habla de ellos, les dice la frase consabida: "Mañana es martes; no le cuentes, diablo o bien". "Martes es hoy; martes, mañana; martes, toda la semana". ¿Cuál es el origen de este conjuro? No aparece en los anales de la tradición oral elquina. Su conocimiento se pierde en el tiempo.

"Tac-tac", dicen los pájaros nocturnos a modo de saludo al encontrarse, y las comadres y vecinos ubicados alrededor de los canastos de la "pela" de duraznos en verano o del mate sobroso en invierno, modulan su dicho inexpresivo. Más de alguna persona en

tal momento piensa: Menos mal que tenga una mata de salvia. Esta planta es el preciso talismán que impide que los brujos penetren a las moradas, y si lo hacen, no tenga efecto su maléfico influjo.

Brujas de renombre en el valle de Elqui por su habilidad para imponerse sobre personas y animales fueron la Peta Draco y la Soila Maico. Todavía algún anciano las recuerda con respeto no exento de terror. A juzgar por sus apellidos eran descendientes de la familia diaguitas, tribu que habitó en este valle verde y escondido. Aunque en número escaso, es posible aún hoy día encontrar en andanzas por sus caminos y pueblos a algún otro descendiente de esta raza. Guamán, Abringo, Chinga, Pallauta, Cuturrufo son apellidos de algunos esforzados trabajadores que en su tez morena y en una pequeña prominencia de sus pómulos dejan ver su legítima y poco mezclada ascendencia. Su mente es despejada y no manifiestan inferioridad alguna junto al criollo, cuyo mestizaje proviene ya de tres o cuatro generaciones.

En el Museo Arqueológico de La Serena están sus manifestaciones artísticas. Constantemente se encuentran, en sus cementerios, fuentes de greda, adornos, joyas, pero especialmente cacharros, pues la alfarería fué la rama del arte que más cultivaron. Hay algunas preciosas colecciones que guardan los arqueólogos en sus residencias particulares, pero la del Museo de La Serena es la más completa y la que señala las diferentes fases de su inclinación artística, ya sea con o sin influencia incásica.

El valle de Elqui que fué, además de otras extensiones chilenas, habitado en su mayor parte por diaguitas ha dado la mayoría de estas piezas indígenas, pues en varios de sus pueblos se han encontrado restos, entre ellos está Alcohuás. Lo más importante de aquí han sido las piedras grabadas. En La Viñita, fundo ubicado en Paihuano, se encontraron en otro supuesto cementerio arcaico collares de perlas, tinajas, fuentes de greda y argollones de oro macizo. En algunos lugares cercanos a Vicuña se han encontrado cosas semejantes.

En verano se produce el éxodo de la gente elquina con o sin ascendencia diaguita. ¿Hacia dónde? Todos siguen el camino de "las pelás" de duraznos. Vicuña y otros pueblos quedan casi sin servidumbre, pues todos se van "al interior" del valle, camino adentro hacia la cordillera donde las faenas de preparar el huesillo y el descarozado son bien remuneradas.

"La pela" a mano reúne a patrones y criados en franca camaradería en los fundos chicos. "La pela a soda" arruinó en parte esta democrática tarea. Ahora sólo se efectúa aquélla en pequeños huertos o cuando algún contratiempo impide la otra.

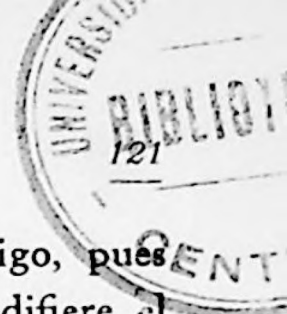
Junto a grandes canastones de duraznos se sientan los peladores, preferentemente después de comida. Allí hablan de supersticiones y temores; de enfermedades y otras circunstancias que han acaecido a sus congéneres; de proyectos por realizarse; del posible valor de las cosechas. También cantan.

De madrugada, los duraznos pelados en la noche anterior, van a las "paseras" para que desde temprano reciban el sol que los convertirá en huesillos o descarozados, según el tamaño.

En ocasiones tales suele desmoronarse una pirca. Con el silencio de la noche, el ruido, adquiere caracteres sobrenaturales que sobresalta los ánimos. Esto sirve de incentivo y surgen entonces, no del todo pasado el temor, aunque explicado el fenómeno, los cuentos de aparecidos, brujos y penaduras.

Generalmente son de piedras las deslindes de las tierras planas y de quiscos en las faldas de los cerros. Se aprovechan éstos por su abundancia y por su proximidad al lugar que se quiere limitar. ¡Son originales estos cercos de quiscos en medio de la altura! Ellos separan la parte plantada y regada de la que no fué posible hacer fructífera. Chinchillas y guanacos suelen habitar más allá de estos límites de quiscos.

Alguna vez un huaso elquino amanece endomingado. Entonces lleva su sombrero alón, su faja de brillantes colores al cinto, zapatos con espuelas de plata y su corta manta. Esta es sólo un ador-



no, un apero de su indumentaria, no un elemento de abrigo, pues el ardiente sol de esta tierra la hace innecesaria. En esto difiere el huaso del norte verde con el sureño.

Elqui, que también guarda metales en sus cerros, tiene como nota de alegría y belleza el florecer sobre ellos de sus rojas añauscas. Llegan sorpresivamente en septiembre a colorarlo todo de rojo, después que "el terral" ha soplado con brío sobre el polvo y las quedades, inmediatamente ahuyentaron las heladas invernales. Señalan que el corazón de todo ya empieza a frutecer. Son una verdadera señal del cambio de estación y hacen pensar inmediatamente en la fruta exquisita del estío y en la fertilidad de esta tierra elqui-
na tan apretadita entre los cerros y tan escondida por ellos.